

Históricas Digital

José Rubén Romero Galván

“Tula”

p. 29-52

Introducción a la cultura náhuatl prehispánica

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

PRIMERA PARTE

HISTORIA PREHISPÁNICA DE LOS NAHUAS

I

TULA

En el actual estado de Hidalgo, a ochenta kilómetros de la Ciudad de México, el viajero encuentra los restos arqueológicos de una antigua ciudad prehispánica. Se trata de Tula, centro cuya importancia en el ámbito mesoamericano, al inicio del periodo Posclásico, fue en verdad sobresaliente, pues su influencia se dejó sentir hasta el área de Yucatán, como lo muestran algunas estructuras arquitectónicas en Chichen Itzá.

El sustantivo *tula* deriva del locativo náhuatl *tollan*, que significa “lugar donde abundan los tules”, juncos o espadañas, plantas cuya presencia es notoria en los lagos del altiplano mexicano. En el náhuatl clásico, el sustantivo *tollan* se vinculó al nombre de diferentes ciudades importantes. Existen textos en los que a Teotihuacan se le nombra Tollan Teotihuacan, o a Cholula se le designa como Tollan Chollolan. En este caso nos referiremos a Tula Xicocotitlan, aquella que se localiza en el estado de Hidalgo. A ella se refieren distintos textos (a los que después aludiremos) que ponderan sus alcances culturales. Estas valoraciones condujeron a algunos estudiosos a proponer que la Tula a la que se referían dichos textos (en algunos, como el de fray Bernardino de Sahagún, se le nombraba Tula Xicocotitlan) era en realidad Tula Teotihuacan, pues lo que la arqueología ofrecía de la antigua capital de los toltecas resultaba pobre si se



le comparaba con la magnificencia teotihuacana. Fue en la década de los cuarenta del siglo pasado cuando, en el Archivo General de la Nación, Wigberto Jiménez Moreno dio con unos “papeles de tierras” en los que aparecía la representación de un cerro cercano a los restos de la ciudad prehispánica tolteca que ostentaba el nombre Xicócoc. Ello dio pábulo para tener por cierto que la Tula en Hidalgo, que había tenido también el nombre de Xicotitlan, era aquella de la que hablaban los textos.

Según lo muestra la arqueología, los inicios de Tula, como los de tantas otras ciudades mesoamericanas, fueron modestos. Originalmente se trató de un asentamiento disperso no lejos del sitio que hoy puede recorrer el visitante. Esto debió ocurrir hacia el año 400 a. C. Los restos de cerámica allí encontrados, relacionados con los hallados en otros sitios en el valle de México —Ticomán, por ejemplo—, cuya datación corresponde a los años mencionados, permiten proponer esas fechas para los asentamientos del original enclave tolteca que, al cabo de algunos siglos, llegaría a ser la cabeza de esta vasta región. Esta primera etapa tolteca habría concluido alrededor del año 150 a. C.

A partir de ese tiempo surgieron en esa área otros asentamientos que corresponden a algunos conjuntos habitacionales parecidos a los llamados palacios de la urbe teotihuacana. Incluso, hay dos entre ellos que, según los estudios arqueológicos, fueron habitados por individuos provenientes de alguna región en el actual estado de Oaxaca. Se sabe también que su ocupación fue la producción de la cal que, además de satisfacer las necesidades que imponía la construcción de la ciudad, fue



objeto de comercio, pues también se ocupaba en la elaboración del nixtamal, base de la fabricación de las tortillas. Por esa misma época, en Teotihuacan existió un conjunto habitacional similar, llamado “barrio oaxaqueño”, cuyos habitantes se ocupaban del trabajo en estuco, uno de cuyos insumos era precisamente la cal. La presencia de grupos provenientes de Oaxaca en ambas ciudades muestra de manera clara que en Mesoamérica la movilidad de grupos humanos fue un fenómeno muy común.

En esa misma época, a un kilómetro y medio al noroeste del sitio que ocupaba la incipiente urbe, existió el asentamiento que hoy recibe el nombre de Tula Chico, antecedente de la metrópoli tolteca. En él la influencia teotihuacana es evidente, según lo revelan la plaza y los edificios que allí se encontraron y que, a todas luces, estuvieron inspirados en los que construían los habitantes de Teotihuacan. Ello ocurrió en el tiempo en que esta gran urbe influía a buena parte del área mesoamericana, según lo muestran la arquitectura en Kamilanljuyú, en el área maya, o la de Tingambato, en la zona purépecha.

Cuando Teotihuacan dio muestras de llegar a su fin, cobró fuerza el asentamiento de Tula-Xicocotitlan, en parte gracias a grupos de habitantes de la urbe teotihuacana que, forzados a migrar, se asentaron en la naciente ciudad tolteca. La decadencia del centro teotihuacano implicó también la posibilidad, para diversas comunidades de otras regiones, tanto del área mesoamericana como de la norteña Aridoamérica, de migrar y dispersarse por el altiplano central del actual territorio mexicano. Muchos de esos migrantes se habrían dirigido a la naciente metrópoli tolteca. Éste fue el caso de grupos



hablantes de náhuatl, lengua de la familia lingüística uto-azteca, provenientes precisamente del norte. La presencia de dichos migrantes significó un aumento de la población en Tula, fenómeno importante para comprender su edificación y la influencia que pronto ejerció en una vasta extensión de Mesoamérica. El esplendor de Tula no se extendió largo tiempo, sólo duró los años que van del 950 al 1200.

La población de Tula Xicocotitlan se incrementó gracias a la llegada de distintos grupos migrantes entre los que se contaban, como ya se apuntó, los tolteca-chichimecas (uto-aztecas), provenientes del noreste de la actual República Mexicana. Se trataba de grupos sedentarios, agricultores y, en este caso, guerreros. Sus dioses formaban un panteón complejo y diverso. También poseían atributos de reconocidos artífices. Según las fuentes históricas, venían acaudillados por Mixcóatl (que en otros textos aparece como el padre de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, sacerdote y gobernante tolteca). Es indudable que la llegada de tales migrantes transformó y enriqueció la realidad tolteca.

El esplendor de Tula coincidió con un fenómeno de “ruralización” según el cual la población del valle de México se desplazó a pequeños enclaves en torno a los lagos. A ello deben sumarse las migraciones venidas del norte a las que hemos hecho referencia. Estos dos factores serían importantes en la dinámica que se observaría en las poblaciones de la región y las hegemonías que en ella se generarían en los siguientes periodos.

En esta época Tula sostuvo un comercio, que bien podríamos calificar de intensivo, con diversas regiones



mesoamericanas. Esto lo demuestra la presencia en ella de piezas de cerámica provenientes del sur, del actual estado de Chiapas en su frontera con Guatemala, además de, entre otros objetos, chalchihuites que llegaban del norte. Los toltecas comerciaban, además, con materiales como la cal, que se extraía de yacimientos cercanos, y la obsidiana. Ambas materias eran muy importantes en el ámbito mesoamericano. La primera, ya se ha dicho, era necesaria para la construcción de edificios, y la segunda era materia prima para la fabricación de instrumentos punzocortantes. El tráfico de estos materiales, sobre todo el de piezas de cerámica y de chalchihuites a que se ha aludido, era realizado en zonas lejanas. Es un hecho que este tráfico de objetos y materias primas implicaba el desplazamiento a larga distancia de quienes lo realizaban. Ello debía hacerse a pie por caminos riesgosos que cruzaban pasos de montaña, ríos caudalosos y terrenos llanos. Esto significa que quienes los recorrían debían de conocerlos muy bien. Al no existir medios de transporte con animales de tiro, se trataba, por supuesto, de caminos pedestres. Tales desplazamientos y el tráfico mismo de objetos requerían de una cuidadosa preparación. Por ello, es posible pensar que ya desde entonces había en la sociedad un grupo que se ocupaba de tiempo completo de estos trabajos y en cuyo seno se trasmitían los saberes necesarios para la realización de tales tareas. Ese grupo habría sido el antecedente de los *pochtecah* de tiempos posteriores.

En la época del esplendor tolteca, según los datos que ha arrojado la arqueología, esta urbe fue cabeza de una zona extensa sobre la cual habría ejercido un dominio



que bien pudo haberse traducido en su intervención en las políticas locales y en la imposición de cargas tributarias. Lo anterior le habría permitido hacerse de los bienes materiales necesarios para impulsar su construcción, así como de diversos elementos artísticos que enriquecieron las ornamentaciones que ostentaron sus edificios. Cabe señalar que allí se crearon, además, elementos arquitectónicos que alcanzaron distintos ámbitos mesoamericanos. Entre estos elementos puede mencionarse al *coatepantli*, un muro de serpientes ricamente decorado que delimitaba el espacio sagrado ocupado por estructuras piramidales (bases de los templos), diferenciándolo del espacio profano. Un segundo elemento fue el uso de cariátides y pilastras ornamentadas destinadas a soportar la techumbre de salones seguramente destinados al culto. Debe mencionarse también la presencia del *tzompantli* —literalmente “muro de cabelleras” y, por extensión, de cabezas—, edificación muy presente en templos del altiplano en el periodo siguiente destinada a mostrar los cráneos de los sacrificados. Finalmente, destaca la presencia del *chac mool*, peculiar escultura cuyos orígenes se encuentran en el norte de Mesoamérica y cuya presencia llegó hasta Chichen Itzá, en la región maya. Estos elementos deben ser reconocidos como eminentemente toltecas, y su presencia en otras regiones y en otros tiempos es prueba de la extendida influencia de esta cultura.

Tula, según lo muestra su arquitectura, fue concebida para mostrar su gran magnificencia. Sin embargo, la ejecución de tal proyecto no correspondió con lo buscado. De esa suerte, tanto el conjunto de sus edificaciones



como las manifestaciones artísticas que las adornan se resolvieron con pobreza, lo que denota premura en su ejecución. Aun así, la capital tolteca pasó a la historia mesoamericana como ejemplo a seguir en cuanto al cultivo de las artes y la sabiduría de sus habitantes, pues en los tiempos que siguieron, el término *toltecatoytl*, que bien puede traducirse como “toltequidad”, se usó para designar lo más selecto de las manifestaciones culturales, muchas de las cuales requerían de un saber tan elaborado como exquisito.

Fray Bernardino de Sahagún, con la ayuda de antiguos colegiales de Tlatelolco, recogió de boca de ancianos indígenas testimonios de valor incuestionable. En el *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, producto de tales pesquisas, consignó la siguiente información que Miguel León-Portilla tradujo al español e incluyó en su obra *Los antiguos mexicanos*:

Muchas casas había en Tula, allí enterraron muchas cosas los toltecas, pero no sólo eso se ve allí, como huella de los toltecas, también sus pirámides, sus montículos, allí donde se dice Tula-Xicocotitlan. Por todas partes están a la vista, por todas partes se ven restos de vasijas de barro, de sus tazones, de sus figuras, de sus muñecos, de sus figurillas, de sus brazaletes, por todas partes están sus vestigios, en verdad allí estuvieron viviendo juntos los toltecas.

Los toltecas eran gente experimentada, se dice que eran artistas de las plumas, del arte de pegarlas. De antiguo lo guardaban, era en verdad invención de ellos, el arte de los mosaicos de plumas. Por eso



de antiguo se les encomendaban los escudos, las insignias, las que se decían *apanecayotl*. Esto era su herencia. Gracias a la cual se otorgaban las insignias. Las hacían maravillosas, pegaban las plumas, los artistas sabían colocarlas, en verdad ponían en ellas su corazón endiosado. Lo que hacían era maravilloso, precioso, digno de aprecio.

Este testimonio, aunque se refiere principalmente a los plumajeros, permite apreciar los alcances de la *toltecatoytl*, pues nos informa de los logros arquitectónicos, así como de los alcances en la fabricación de cerámica cuyos restos fueron dejados por los toltecas. Por supuesto, llama la atención la manera como aquellos informantes indígenas se refirieron a los artistas de las plumas.

Por su parte, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, en su *Sumaria relación de la Nueva España*, consigna ricas informaciones que complementan lo que Sahagún escribió respecto de los alcances de los toltecas:

Los toltecas eran grandes arquitectos, carpinteros y otras artes mecánicas; plateros sacaban el oro y la plata y lo fundían y labraban piedras preciosas [...]. Eran [...] poetas, filósofos y oradores de suerte que usaban de todas las artes [...]. Y pintores, los mejores de la tierra, y las mujeres grandes hilanderas y tejedoras, tejiendo mantas muy galanas de mil colores y figuras [...].

Tales logros en los terrenos de las artes sugieren que la sociedad tolteca poseía un grado de complejidad



importante que, se puede suponer sin temor al mínimo equívoco, se fundaba en una estratificación dispuesta en dos grandes grupos sociales. Coronando el orden social se habría encontrado un sector conformado por nobles, guerreros y sacerdotes. Era el grupo dominante cuyas funciones eran el gobierno y la administración: los nobles, que se ocupaban de administrar la producción a través del ordenamiento de la posesión de la tierra y del trabajo agrícola; los guerreros, que tenían como tarea conducir los ejércitos durante las campañas bélicas, y los sacerdotes, que mantenían una adecuada comunicación con las deidades para obtener de ellas las mercedes necesarias para beneficio de la comunidad. El otro sector de la sociedad, mucho más numeroso, tenía como ocupación hacer producir la tierra. Su trabajo se desarrollaba en las milpas, donde, de la tierra pródiga y gracias a sus asiduas labores, surgían el maíz, el frijol, la calabaza y el chile, base de la alimentación mesoamericana. La dieta de los toltecas, además de estos productos, incluía y se complementaba con lo que provenía de la caza realizada en los campos del rededor y de la pesca en los ríos cercanos.

Desconocemos los mecanismos a través de los cuales una parte de estos productos llegaba a las manos de los miembros del grupo dominante. Con toda seguridad existía algún sistema de tributación cuyos detalles nunca conoceremos. Es imposible avanzar algo sobre una división de trabajo (que debió existir) más allá de la más primaria que se ordena según sexo y edad. Es un hecho que la orfebrería, las labores en plumas, los trabajos en piedra, así como la cerámica —a los que aluden



las fuentes— tanto como la construcción de los edificios que es posible observar en nuestros días, apuntan a la existencia de grupos dedicados exclusivamente a la creación de obras que a todas luces estaban alejadas de la producción agrícola. Otro tanto puede decirse de los comerciantes a los que ya nos referimos.

En Teotihuacan, la gran urbe que antecedió a Tula, la participación de los guerreros en la vida política fue más bien discreta. Ello se deduce de las escasas representaciones de personajes con atavíos militares en la plástica de aquella gran metrópoli. Sin embargo, la presencia militar en la realidad teotihuacana queda en evidencia si se toman en cuenta hallazgos arqueológicos en distintas zonas mesoamericanas —algunas muy alejadas de esa urbe—, en las que la influencia de tal centro es notoria. Dicha influencia sólo puede explicarse considerando como factores de primer orden al comercio y a la guerra. Fenómenos similares pudieron muy bien documentarse en tiempos posteriores, según lo veremos adelante. En cambio, en la política tolteca la participación de guerreros, junto a la de los sacerdotes, fue tan evidente como importante. Bien podemos fundar esta idea en lo que nos muestran los llamados atlantes. Se trata de esculturas realizadas con gran maestría en basalto y destinadas a sostener la techumbre de algún recinto sagrado. Estas esculturas representan a guerreros, lo que queda en evidencia por las armas que ostentan. En virtud de la función que cumplieron estos atlantes en las estructuras de algún recinto religioso, puede pensarse que entre los militares y el templo existían vínculos notorios. Ello sugiere que el régimen político se sostenía



Figura 5. Acrópolis de Tula.
D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.

sobre el sacerdocio y la guerra (véase figura 5). La actividad bélica de los toltecas les permitió extender los dominios de su ciudad a otros ámbitos, según lo afirma Fernando de Alva Ixtlilxóchitl cuando dice: “llegaron los toltecas [...] en Tula, ciudad que fue cabecera de sus reinos y señoríos muchos años [...]”. El ser “cabecera de sus reinos y señoríos” implica con claridad la sujeción de dichos reinos y señoríos respecto de la metrópoli tolteca. Tal sujeción, en el contexto mesoamericano, se daba forzosamente a través de la guerra. El cronista, es verdad, no alude con claridad a que los toltecas privilegiaran de alguna manera la actividad bélica; empero, el sentido de la aseveración que hace es claro y apunta en esa dirección.



Han llegado hasta nosotros distintas narraciones que dan cuenta del devenir de los toltecas. Puede apreciarse que entre ellas existen diferencias que muestran que provienen de distintas tradiciones historiográficas. Sin embargo, lo más importante es que dichas narraciones dotan a Tula de un ser histórico en el que la arqueología adquiere una dimensión distinta y no la preponderante que tiene en los estudios de otros sitios mesoamericanos referentes a centros para los que no existe testimonio histórico alguno. Por ejemplo, a través de esas fuentes históricas sabemos los nombres de algunos gobernantes toltecas. También gracias a esos testimonios conocemos pormenores de las diversas actividades que realizaban los antiguos habitantes de Tula —según vimos arriba en el testimonio de Ixtlilxóchitl—, e incluso detalles del declive y la ruina de su ciudad.

La importancia de Tula en el contexto del altiplano fue tal que se sabe, gracias al cronista chalca Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, que formó parte de una primitiva triple alianza, antecedente de aquellas que hubo en tiempos posteriores, una de las cuales, la última, formada por Tacuba, Tezcoco y Mexico-Tenochtitlan, existía en tiempos de la Conquista española. Los otros dos miembros de esa primitiva alianza de los tiempos toltecas fueron Culhuacan y Otompan. De ser cierta la existencia de dicha alianza, estaríamos frente a la primera organización de este tipo en el altiplano. Resulta pues imposible negar el peso de la metrópoli tolteca en el contexto mesoamericano.

Tula fue indudablemente un centro urbano de dimensiones importantes, que alcanzó su esplendor poco



más o menos 200 años después de su fundación. Fue por esos años que se realizó la construcción del centro ceremonial que vemos hoy día. Según los estudios arqueológicos, llegó a ocupar un área de trece kilómetros cuadrados, y es posible que su población llegara a un número cercano a los 50 mil habitantes, cifra cercana a la que se ha calculado sumaban los habitantes de Roma por esa época. Este número es mucho menor al que arrojan los cálculos que se han hecho en este renglón para Teotihuacan, que, en los tiempos de su apogeo, habría estado habitada por alrededor de 200 mil personas. De cualquier modo, el número de personas que habitaron Tula es significativo y sugiere la existencia de una sociedad compleja.

Se afirma que, en su época de esplendor, Tula fue una ciudad que podríamos llamar cosmopolita, pues en ella residían grupos provenientes de diversas regiones mesoamericanas. Fue también el tiempo en que el comercio al que aludimos se realizó de manera intensa. Sin duda alguna se trató de la época en que Tula destacó como el centro político, militar y comercial del Altiplano. De ello son muestra clara los vestigios que el visitante puede admirar.

En la zona arqueológica destacan varios edificios, en su mayoría ordenados con una desviación de 17 grados respecto del Norte, lo que significa que se construyeron de acuerdo con observaciones astronómicas. Existe una plaza de grandes dimensiones en cuyo rededor se ordenan armoniosamente estructuras de carácter religioso. Sobresale el templo que ha sido llamado de Tlahuizcalpantecutli, literalmente el “señor de la aurora”. Se trata



de una pirámide cuyos tableros ostentan relieves que representan aves que han sido identificadas como águilas y zopilotes que devoran corazones. En los frisos se observan representaciones, también en relieve, de jaguares en actitud de caminar que portan llamativos collares. Sobre la plataforma superior se pueden apreciar los llamados atlantes, así como las pilastras con fustes que simulan cuerpos de serpientes emplumadas cuyas cabezas reposan en el piso mientras sus crótalos apuntan hacia arriba.

Otra de las estructuras que llaman la atención es el llamado Palacio Quemado cuyo interés radica en una innovación arquitectónica que sólo tiene parangón con otras similares en Chichen Itzá o en la zona de Aridoamérica, más allá de la frontera norte del área mesoamericana. Tal innovación radica en la construcción de amplios salones cuya techumbre fue sostenida por columnas de piedra. Según lo han dejado ver los estudios arqueológicos, este edificio no fue un palacio cuya función habría sido servir de vivienda a personajes importantes de la ciudad. Se trataba más bien de una edificación que habría servido para funciones rituales o de gobierno. En estos edificios fue encontrada la escultura llamada *chac mool* a la que nos hemos referido antes. A esta construcción se le ha llamado Palacio Quemado porque se encontraron restos de un incendio que ha podido fecharse en la época en que la ciudad fue abandonada.

El *coatepantli*, literalmente “muro de serpientes”, puede apreciarse en la parte trasera del templo de Tlahuizcalpantecuhtli. Se trata de un muro adornado con serpientes, águilas y ocelotes. Esta edificación es también una verdadera innovación en la arquitectura



mesoamericana de la que conocemos ejemplos tardíos, como el del Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan. Su función, como se dijo arriba, era delimitar el espacio sagrado y separarlo del ámbito profano.

La época de mayor lustre de la urbe tolteca habría estado aparejada a una notoria abundancia de mantenimientos. A este respecto, fray Bernardino de Sahagún refiere que “los dichos vasallos del dicho Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa ninguna, ni había hambre ni falta del maíz, ni comían mazorcas de maíz pequeñas, sino con ellas calentana los baños, como con leña [...]”. El mismo texto da cuenta de que esta abundancia era compartida, por supuesto, por el propio Quetzalcóatl, quien “dicen, que era muy rico, y que tenía todo cuanto era menester y necesario de comer y beber [...]”. La información recogida por el franciscano incluso alude a los ricos materiales con que estaban fabricadas las casas que habitaba Quetzalcóatl: “Y tenía unas casas hechas de piedras verdes preciosas que se llaman chalhuites, y otras casas hechas de plata, y más otras casas de concha colorada y blanca, y más otras casas hechas de tablas, y más otras casas hechas de turquesas, y más otras casas hechas de plumas ricas [...]”.

Cuando Tula estaba en su esplendor, comenzaron los signos que presagiaron su ruina. Se trata de acontecimientos que las fuentes han calificado de portentosos antecedentes de la catástrofe. Puede argumentarse que, en efecto, estos sucedieron, pero como hechos sin conexión con el colapso tolteca y que, después del trágico fin de la ciudad, fueron considerados como un conjunto de signos vinculados con ese acontecimiento definitivo.



Esto significaría que, a la luz de la trascendencia del hecho que significó la ruina de la ciudad, tales sucesos fueron objeto de una lectura que los consideró como premonitorios.

El ya citado Fernando de Alva Ixtlilxóchitl incluyó en su obra la narración detallada de algunos de estos funestos signos. Una primera señal fue que el señor de Tula, paseando por los jardines aledaños al palacio, encontró dos animales portentosos: “halló un conejo que andaba allí con cuernos de venado y el pájaro *huitzitzilin* que andaba chupando el licor de las flores, con un espólón muy largo [...]”. Tales señales estaban registradas en un libro de profecías (*teoamoxtli*, literalmente “libro divino”). Pasado algún tiempo en el que los toltecas debieron soportar diversas calamidades, todas ellas interpretadas como signos premonitorios, ocurrieron otros acontecimientos que a sus ojos resultaban anuncios de tiempos aciagos por venir.

Quedó registro en la obra de Ixtlilxóchitl, entre otros acontecimientos, el hallazgo de un niño con extrañas características:

hallaron en un cerro un niño blanco y rubio y hermoso, que había de ser algún demonio, y lo llevaron a la ciudad a mostrárselo al rey, cuando lo vido le mandó llevar otra vez de donde lo habían traído, porque no le pareció buena señal, y el niño demonio comenzó a podrírsele la cabeza, y del mal olor se moría mucha gente. Los toltecas procuraron matarlo, lo cual jamás pudieron llegar a él, porque todos los que se llegaban morían luego.



Por su parte, fray Bernardino de Sahagún recogió otras informaciones tocantes a los presagios que antecedieron a la ruina de Tula. Narra cómo personajes, a los que designa como nigrománticos, participaron activamente en distintos episodios en los que, de diferentes maneras, se acabó con la vida de muchos toltecas. Éste fue el caso del llamado Titlacahuan, literalmente “tú eres el dueño de esclavos”, uno de los nombres de la deidad Tezcatlipoca, quien invitó a gran número de toltecas a cantar y bailar. Fueron tantos los que se reunieron que al danzar chocaban unos con otros, precipitándose a un río para convertirse finalmente en piedras. Relata también cómo el mismo nigromántico, haciéndose llamar por otro nombre, convoca a los toltecas a trabajar en un jardín. Como les advirtió que dicho jardín pertenecía a Quetzalcóatl, se reunieron con entusiasmo en gran número: “luego comenzó a el dicho nigromántico a matar a los dichos tultecas, achocándolos con una coa”. El mismo personaje, con otro nombre, el de Tlacahaupan, se aposentó en el mercado. Llevaba en las manos “un muchachuelo” al que hacía bailar. Fue tal la cantidad de toltecas que se congregaron para ver ese espectáculo que “empuxábanse unos a otros, y ansí murieron muchos ahogados y acoceados”. Debe hacerse notar que el común denominador de estos augurios fue la presencia maléfica de un nigromántico que se mostraba con distintas características y diferentes nombres y que indujo a la muerte a buen número de toltecas.

Hay otro elemento que debe señalarse en este proceso de desintegración de Tula. Se trata de la falta a la virtud a cuya observancia estaban obligados los miembros



del grupo gobernante, sobre todo en lo que se refiere a la sensualidad y que trajo como consecuencia la ruina de la ciudad. Sahagún refiere una historia cuyo protagonista es el *tohueyo*, personaje proveniente de la Huasteca que se ocupaba de vender chiles en el tianguis de la ciudad. La hija de Huémac, que, a decir del franciscano, era “señor de los toltecas en lo temporal, porque el dicho Quetzalcóatl era como sacerdote”, salió aquel día al mercado y vio al *tohueyo* desnudo y observó su virilidad, cuyo tamaño excedía al normal, y quedó tan impresionada que, al regresar a palacio, comenzó a sentirse mal “por el amor de aquello que vio”, a tal grado que se le hinchó el cuerpo. Huémac, preocupado y sabedor de toda la situación, mandó buscar al huasteco aquel cuyos atributos habían causado tanto mal a su hija. Cuando le fue presentado, lo obligó a “dormir” con su hija para así sanarla. Esta narración tiene como trasfondo la debilidad de la hija del gobernante y la permisividad de éste para satisfacer los deseos desenfadados de la princesa. Cabe destacar que esta acción contravenía lo establecido, pues su origen era la falta de control de sí a que estaba obligada la hija de Huémac. Por otro lado, el hecho de unirse con un extranjero, un huasteco en este caso, aunque no constituía una falta, era una situación no deseable.

El otro pasaje que concierne a la ruina tolteca y su relación con una falta a la obligada virtud involucra al mismo Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, gran sacerdote tolteca. La narración correspondiente proviene de los *Anales de Cuauhtitlan*, obra incluida en el *Códice Chimalpopoca*. Relata el texto que tres personajes, entre los que



estaba Tezcatlipoca, enemigo de Ce Ácatl, llegaron hasta la morada de éste en Tula. Tezcatlipoca, llevando un espejo, se presentó ante Quetzalcóatl y le ofreció ese objeto para que el sacerdote viera en él su rostro. Cuando tal ocurrió, éste exclamó: “Si me vieran mis vasallos, quizá correrían’. Por las muchas verrugas de sus párpados, las cuencas hundidas de sus ojos y toda muy hinchada su cara, estaba disforme”. Fue este el principio de la estrategia que aquellos personajes urdieron contra Ce Ácatl Topiltzin y cuyo desenlace fue la falta en la que éste incurrió al beber pulque en compañía de la sacerdotisa Quetzalpélatl para olvidar el deplorable aspecto de su persona. Por el efecto de la bebida faltaron a sus obligaciones sacerdotales, lo que les causó una gran vergüenza. A raíz de esa falta, Ce Ácatl Topiltzin abandonó Tula: “llamó a todos sus pajes y lloró con ellos. Luego se fueron a Tlillan Tlapallan”, la región de lo negro, la región de los colores, que ha sido identificada con el área maya.

Además de las historias que dan cuenta de las faltas cometidas por los gobernantes toltecas y de otros antecedentes de la crisis que llevó a la ruina a su ciudad, hay en los textos elementos que abren otras posibilidades de explicación de este fenómeno. Una de ellas habría sido la posesión de bienes en verdad suntuosos en manos de Quetzalcóatl y, por supuesto, del grupo que junto con él gobernaba Tula, como quedó dicho arriba: “tenía unas casas hechas de piedras verdes preciosas que llaman chalchihuites, y otras hechas de plata, y más otras casas hechas de concha colorada y blanca [...]”. Por supuesto, esta descripción nos lleva a considerar una posible hipertrofia del grupo en el poder, que bien puede contarse



entre las causas de la crisis que condujo a la ruina de la urbe tolteca.

No es la única posible explicación de este fenómeno. Existen otras teorías al respecto. Algunas consideran una hambruna debida a prolongadas sequías, lo que habría ocasionado desconfianza respecto de la eficacia de las acciones del grupo sacerdotal. Otras consideran la llegada de grupos provenientes del norte que habrían conquistado la ciudad. Es un hecho que el funesto abandono de la ciudad bien pudo haberse dado por una combinación de los tres factores. Si se considera la hipertrofia del grupo gobernante y la hambruna que habrían padecido los habitantes de la ciudad, ello habría resultado en una revuelta que los habría colocado en una situación de debilidad ante la llegada de invasores norteños. De cualquier modo, fue hacia el siglo XII que Tula quedó a merced de los invasores. Algunas partes de la ciudad fueron incendiadas, según parecen probarlo los indicios encontrados en el antes referido Palacio Quemado.

Tula no fue la única urbe en la que perduraron los elementos culturales del periodo Clásico mesoamericano. Con ella guardaron muchos rasgos distintivos teotihuacanos, entre otros centros, Cholula, en el actual estado de Puebla, y Xochicalco, en el hoy estado de Morelos. De la importancia que ambas tuvieron dan cuenta los monumentos que hoy día pueden admirarse en ellas. Aunque, hay que recordarlo, es un hecho que, según se puede colegir de los testimonios históricos y de la arqueología, no alcanzaron la preponderancia de Tula en el ámbito mesoamericano.



Tanto la caída de Tula como la entrada de grupos guerreros migrantes provenientes del norte fueron el origen de una verdadera reorganización en el orden político del valle de México. Se dijo que al tiempo en que la metrópoli tolteca cobró fuerza se dio en la región una suerte de ruralización con el surgimiento de pequeños enclaves seguramente dominados por los toltecas. Se puede pensar que, después de ocurrida la ruina tolteca, esta dispersión de habitantes en pequeñas localidades fue la base para el surgimiento de nuevos señoríos herederos de la fuerza de la metrópoli tolteca que desaparecía en el mapa político. En términos generales, puede considerarse que hubo tres fuerzas étnicas y culturales que entraron en el escenario político de la región: los toltecas, vinculados cultural y étnicamente con los antiguos habitantes de la urbe que desaparecía; los chichimecas, formados en diferentes grupos que venían del norte, cuya cultura cabe definirla como de cazadores-recolectores, y los tolteca-chichimecas, a los que se les puede definir como chichimecas mesoamericanizados. Los primeros habrían ocupado algunas localidades del valle desde la época teotihuacana. Se trataba de Azcapotzalco, Xico, Tenayuca y Culhuacan. En los tiempos propiamente toltecas fueron poblados Chalco y Coatlinchan. Por su lado, los chichimecas ocuparon de nueva cuenta algunos sitios originalmente toltecas. Éstos fueron los casos de Culhuacan —que cobró particular importancia— y Azcapotzalco. Estos chichimecas pronto se nahuatizaron y constituyeron grupos de tolteca-chichimecas, junto con aquellos chichimecas que, provenientes del norte, dada la vecindad con Mesoamérica, habían adquirido rasgos culturales propios de esa área cultural.



De entre los grupos chichimecas que penetraron en el valle de México, el que llegó comandado por el caudillo Xólotl reviste especial interés. Ciertamente, movimientos migratorios de esta naturaleza fueron comunes en Mesoamérica; sin embargo, son pocos aquellos de los que conocemos detalles que ilustren la manera como se integraron a la vida mesoamericana. El interés que ofrece el grupo de Xólotl consiste en que éste, a raíz de su contacto con grupos agricultores habitantes de la región lacustre del valle de México, experimentó un proceso de aculturación que le permitió, al cabo de doscientos años, alcanzar un nivel de cultura plenamente mesoamericano. Tal proceso quedó registrado en antiguos códigos pictográficos como el *Xólotl* o el *Quinatzin* y en crónicas como las escritas por Ixtlilxóchitl y Chimalpahin. El historiador Miguel León-Portilla, en un artículo en la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, dio cuenta detallada de ese proceso de aculturación que, pasando por el aprendizaje de la agricultura, culminó con un personaje histórico como Nezahualcóyotl, señor de Tetzaco, valorado por sus dotes poéticas. Se trata pues de un proceso que implicó un cambio en la manera de enfrentar a la naturaleza para obtener de ella el sustento necesario para la vida, pues lograron pasar de una economía de apropiación (la que corresponde a la caza y la recolección) a otra de producción (principalmente agrícola), además de cambiar de lengua, pues dejaron de hablar su idioma original, que correspondía a la familia lingüística otopame, para adoptar el náhuatl, lenguaje propio de Tula, y apropiarse de un conjunto de instituciones culturales propias de los grupos de la región.



A la llegada de Xólotl al valle de México siguió el arribo de otros grupos. Llegó el grupo formado por tepanecas, así como otro constituido por otomíes, y uno más al que pertenecían los verdaderos acolhuas. Los primeros se asentaron en Azcapotzalco, los segundos se instalaron en Xaltocan, y los acolhuas hicieron lo propio en Coatlinchan. Pasado el tiempo, Xaltocan decayó y tomó su lugar Azcapotzalco; cuando Coatlinchan perdió importancia, cobró preponderancia Tetzco, mientras que Culhuacan permaneció como sede importante en el valle de México. Como se observa, desde la llegada de estos tres grupos en tiempos de Xólotl se perfilaba una hegemonía tripartita. De ella los tres últimos señoríos mencionados (Azcapotzalco, Tetzco y Culhuacan) son el antecedente inmediato de la última triple alianza que existió en la región lacustre del valle de México, conformada por Tacuba, Tetzco y Mexico-Tenochtitlan, de la que después de tratará (véase figura 6).

Estas circunstancias políticas fueron el escenario de la entrada de la migración mexicana a la que nos referiremos en el siguiente apartado.

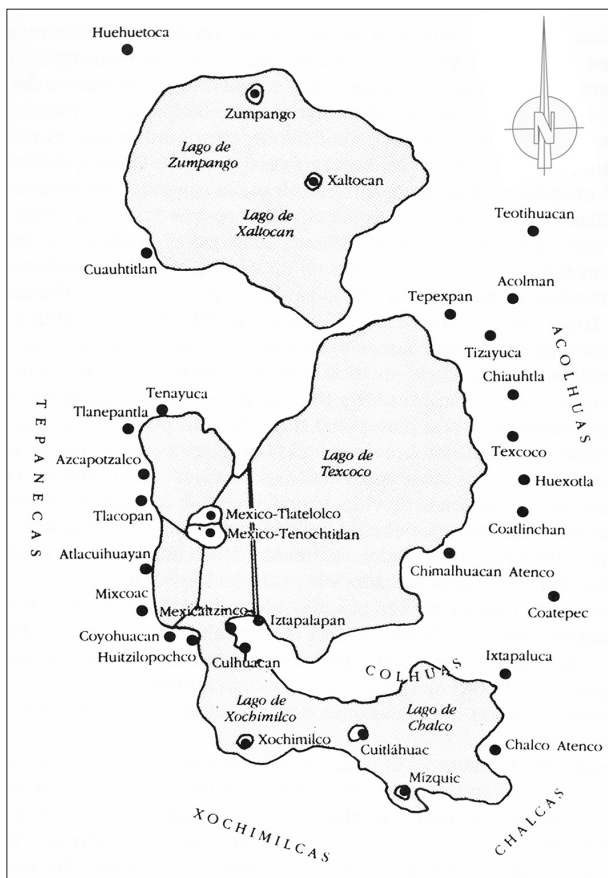


Figura 6. La cuenca de México en el Posclásico.
Tomado de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján,
El pasado indígena, p. 212.